

RUSIA:
UN RETO AL NUEVO ORDEN MUNDIAL POSTERIOR A LA GUERRA FRÍA:
Política Exterior Rusa y su rol en la configuración
del sistema internacional del siglo XXI

Jorge Carlos Vélez Vargas
Estudiante

Nicolás Gallo
Director

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA
FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y RELACIONES INTERNACIONALES
MAESTRIA EN RELACIONES INTERNACIONALES
BOGOTÁ D.C.

2015

TABLA DE CONTENIDO

<u>INTRODUCCION.....</u>	<u>3</u>
I. <u>DEL IMPERIO SOVIETICO AL NUEVO ORDEN MUNIDAL.....</u>	<u>7</u>
<u>La guerra de Chechenia.....</u>	<u>13</u>
<u>La era Primakov.....</u>	<u>16</u>
<u>El ascenso de Putin</u>	<u>20</u>
II. <u>UN ENFOQUE DESDE LAS TEORÍAS.....</u>	<u>24</u>
<u>El constructivismo como acercamiento teórico a la política exterior</u> <u>rusa</u>	<u>29</u>
III. <u>RUSIA – LA ERA PUTIN.....</u>	<u>40</u>
<u>2000 – 2001</u>	<u>42</u>
<u>2001 – 2002</u>	<u>44</u>
<u>2002 – 2003</u>	<u>45</u>
<u>2004 – 2008</u>	<u>46</u>
<u>Las Revoluciones de Colores</u>	<u>47</u>
<u>Georgia – De la Revolución de las Rosas a la Desintegración de</u> <u>Facto</u>	<u>49</u>
<u>Ucrania: Entre Rusia y Occidente</u>	<u>53</u>
<u>La actual crisis</u>	<u>56</u>
<u>La cuestión de Crimea</u>	<u>57</u>
<u>Ucrania: Un análisis desde el Constructivismo</u>	<u>59</u>
IV. <u>CONCLUSIONES.....</u>	<u>61</u>
<u>Fuentes Consultadas</u>	<u>64</u>

INTRODUCCIÓN:

La política exterior de Rusia es, sin duda, una de las materias que en la actualidad más inquieta a los estudiosos de las relaciones internacionales. La disolución de la Unión Soviética y el fin de la Guerra Fría precipitaron un proceso de recomposición del sistema internacional en donde inicialmente aparecían los Estados Unidos como la única potencia predominante. Rusia, por su parte, lucía aparentemente debilitada e incapaz de mantener su predominio en la otrora esfera soviética, al punto de que tuvo que aceptar, sin mayor margen de maniobra, como sus antiguos socios y satélites iniciaban procesos de distanciamiento, buscando por un lado, redescubrir su identidad nacional pérdida por los años de la Guerra Fría y al mismo tiempo estrechar sus lazos con Europa y los Estados Unidos, sumándose así, al concierto de naciones que acogían los principios democráticos y de libre mercado, que llevarían a varios de ellos a iniciar el camino que finalizaría con su adhesión a la Unión Europea¹.

Aún la Rusia de los primeros años de la década de los noventa, parecía estar dispuesta a sumarse a este proceso, sin embargo, los retos que representaban una situación interna de gran inestabilidad y la pérdida acelerada de su rol como potencia mundial llevaron a que sólo unos años más tarde el rompimiento entre aquellos que buscaban reestablecer la supremacía de Rusia inclusive a expensas de su relacionamiento con occidente, frente a aquellos que buscaban su integración

¹ Solo en el 2004 ingresaron como miembros plenos de la Unión Europea Estonia, Lituania, Letonia, Hungría, Eslovaquia, República Checa y Polonia.

a los procesos de globalización llevara a una reconfiguración de los factores de poder interno que llevarían al final de la década al ascenso al poder de un líder como Vladimir Putin.

A partir del surgimiento de Putin como líder del Kremlin en 1999, la idea de una Rusia integrada a occidente comenzó a desvanecerse definitivamente. Durante lo corrido del Siglo XXI, hechos como la guerra de Georgia y la actual crisis de Ucrania han despertado la preocupación de los líderes de occidente, quienes observan con incapacidad el resurgimiento de dicha nación como centro de poder (Asmus, 2010; Blank, 2015). A dónde llevará al sistema internacional este resurgimiento de Rusia constituye sin duda uno de los grandes enigmas de las relaciones internacionales en este nuevo siglo. Determinar si estos acontecimientos llevan a un nuevo escenario de enfrentamiento entre Rusia y occidente que parecía superado o si por el contrario es solo una manifestación más de un reajuste del sistema internacional en un mundo multipolar, en el cual Rusia busca un lugar como protagonista con derecho a mantener un área de influencia en su entorno natural, constituye un problema el cual requiere atención y al que esta investigación pretende aportar solución.

El presente trabajo busca presentar una aproximación a la política exterior de Rusia en el período post – guerra fría, para lo cual se realizará un análisis de las relaciones internacionales en el escenario que siguió a la caída del bloque oriental dominado por la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas – URSS y el surgimiento, aunque temporal, de un mundo unipolar dominado por los Estados Unidos de América.

El trabajo aunque señalará como referencia los rasgos característicos de la política exterior Rusa bajo el liderazgo de Boris Yeltsin (1991-1999) y su Ministro de Relaciones Exteriores Andrei Kozyrev (1990 – 1996) en cuanto representó la ruptura del viejo orden que venía de la URSS, se centrará en el período comprendido desde el ascenso al poder de Vladimir Putin en 1999 como figura principal de la política rusa hasta su ejercicio actual como presidente de la Federación. Así mismo, se hará referencia al período liderado – al menos formalmente – por Dmitri Medvedev, tiempo durante el cual Putin dejó el Kremlin para ocupar la llamada Casa Blanca Rusa en calidad de Primer Ministro en una suerte de división del gobierno en dos cabezas.

La investigación analizará el rol de la Federación Rusa en el sistema internacional actual y su relacionamiento con occidente y, por supuesto, China. Se analizarán eventos recientes que han marcado un hito en sus relaciones con occidente como su posición frente a la guerra de los Balcanes, la crisis en Chechenia, los ataques del 11S, las invasiones a Afganistán e Irak lideradas por parte de Estados Unidos, la guerra con Georgia en el 2008 y la actual situación en Ucrania.

Teniendo en cuenta que la política exterior rusa no puede ser entendida adecuadamente sin hacer referencia a muchos de los antecedentes históricos que han influido en la construcción de su identidad como nación, resulta pertinente para esta investigación hacer referencia a algunos hechos históricos que nos permitan comprender conductas actuales.

A partir de estos elementos, se propondrá un análisis de la política exterior de la Rusia contemporánea, analizando las vertientes que la ubican dentro de los presupuestos del realismo clásico, pero proponiendo otros enfoques teóricos que a nuestro juicio permiten una mayor comprensión de las variables presentes en el proceso de su formulación, para lo cual nos apoyaremos en elementos de la teoría constructivista, que nos permitan lograr un entendimiento de la situación actual del país en el contexto internacional y prever cuál será su rol dentro del sistema que se ha venido configurando en el Siglo XXI en dónde los problemas locales tienden a adquirir características globales y viceversa, y en dónde el surgimiento de nuevos poderes en ascenso obliga a los estudiosos de las relaciones internacionales a utilizar todas las herramientas a su alcance para poder explicar el mundo en ciernes para este nuevo siglo.

En ese sentido, en el presente trabajo se plantea la hipótesis de que la política exterior rusa en el siglo XXI busca retornar al país a una posición de potencia de primer orden, que garantice además su reconocimiento como tal por las demás centros de poder, en especial Estados Unidos, Europa y China, que le permita afianzar su seguridad a través del establecimiento de una zona de influencia regional, principalmente conformada por ex repúblicas soviéticas con un valor geoestratégico alto como Ucrania, que le permita además mantener su identidad nacional al margen de los valores y principios que son comunes en occidente sin que ello signifique una confrontación o resurgimiento de un orden internacional a la usanza de la guerra fría.

I. DEL IMPERIO SOVIETICO AL NUEVO ORDEN MUNDIAL

Con la finalización de la Guerra Fría y la disolución de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas - URSS, la mayor parte del debate en el campo de las relaciones internacionales giró en torno a temas diferentes a la geopolítica. El nuevo mundo unipolar había dejado atrás las preocupaciones propias de la carrera armamentista entre EE.UU. y la otrora URSS o la definición de esferas de influencia entre uno y otro bloque para dar paso a asuntos más relacionados con esquemas de gobernanza mundial, en donde el cambio climático, el comercio o la expansión de los valores democráticos de occidente dominaban la agenda de los líderes mundiales. Este mundo unipolar, en el cual Estados Unidos acumulaba sin discusión una ventaja sin parangón sobre los elementos principales que configuran el poder de un estado: Poder militar, económico y tecnológico, constituyó sin duda un hecho sin precedentes dentro del sistema de naciones moderno (Maher, 2010).

Este mundo unipolar de comienzos de los 90s, se caracterizó también por una rápida expansión de los gobiernos elegidos democráticamente. Así, en regiones como Latinoamérica, se fue consolidando los gobiernos elegidos democráticamente, en un proceso que aunque iniciado en la década de los 80s, se logró consolidar gracias a la desaparición de la amenaza comunista. Por su parte, Europa del Este y las antiguas repúblicas soviéticas, dejaban atrás los gobiernos comunistas y totalitarios y abrazaban con un aura de renovada libertad los principios democráticos y la economía de mercado.

Bajo este contexto, La Federación Rusa, bajo el mando de Boris Yeltsin (1991-1999), comenzó un proceso de autodefinición. El colapso de la Unión Soviética había dejado un nuevo mapa geopolítico en el cual los líderes rusos no tenían claro el rol de su país como sucesor natural del Imperio Soviético. Alejado ya de la obligación de mantener la confrontación con los EE.UU., la Rusia de Yeltsin también sucumbió a esta nueva ola y se sumergió en un profundo proceso de desmantelamiento de las estructuras de la vieja Unión Soviética, comenzando con la liberalización de su economía y la privatización de importantes industrias como los poderosos sectores minero – energéticos de la antigua estructura planificada. Todo este proceso, parecía indicar que Rusia, a manera semejante de la Alemania y el Japón de la postguerra, iniciaría un camino que lo integraría dentro del sistema internacional y las instituciones diseñadas desde occidente y principalmente por los Estados Unidos. No en vano, desde antes de la disolución de la URSS, el propio Mikhail Gorbachev ya planteaba la idea de “un hogar común europeo”, en el cual el antiguo escenario de confrontación daría paso a uno de cooperación desde el “Atlántico a los Urales”.

Precisamente, fue en 1991, cuando el presidente norteamericano George H. W. Bush utilizó el término de un “nuevo orden mundial” queriendo significar el advenimiento de una nueva era que se caracterizaba por la solución pacífica de los conflictos, el respeto universal de los derechos humanos, la plena vigencia de los principios democráticos y de libre mercado y el respeto al imperio de la ley, la cual

estaba destinada a estructurar un nuevo relacionamiento internacional basado en instituciones globales y en el derecho internacional (Posner, 2014).

Por sobradas razones, el interés primordial de los Estados Unidos en esos momentos, era que la Rusia de Yeltsin entrara a formar parte de ese nuevo orden mundial basado en los valores y principios de las democracias occidentales. Y así pareció durante al menos el primer lustro de la década de los noventa donde los procesos de globalización política y económica parecían expandirse sin reconocer fronteras nacionales, bajo las premisas establecidas por el *Consenso de Washington* que traía como corolario una occidentalización de la sociedad posmoderna fundado en un proceso lineal e inequívoco como única fórmula para ser partícipes de los beneficios materiales de una sociedad global.

La euforia que siguió a la caída del muro de Berlín y al desmoronamiento del Imperio Soviético no daba para menos. Era la materialización de lo que *Fukuyama (1992)* vino a denominar *el fin de la historia* como reflejo de que el debate ideológico, en el sentido hegeliano, había llegado a su fin con el triunfo de las ideas de economía liberal y de mercado reflejadas en el consenso neoliberal, las cuales en adelante y sin ningún cuestionamiento deberían de posicionarse a lo largo y ancho del globo, a imagen y semejanza de lo que para occidente había sido el camino hacia el bienestar y enriquecimiento de sus pueblos.

Este nuevo orden mundial, que parecía mantenerse a lo largo de la década de los 90s y comienzos del Siglo XXI era una expresión de los nuevos intereses de los

EE.UU. en un mundo en donde la amenaza de la Unión Soviética y el temor de la hecatombe nuclear habían desaparecido. No en vano, la misma Secretaria de Estado, Condolezza Rice (2008) señalaba en su momento, como a la luz de la política exterior norteamericana la construcción de la democracia alrededor del mundo era un componente privilegiado de sus intereses nacionales.

A mediados de los 90s, occidente comenzó a observar cómo las expectativas iniciales de una Rusia plenamente integrada a sus instituciones comenzaba a desvanecerse, no sólo por el hecho de los procesos de crisis internas que inclusive llevo a Yeltsin a bombardear el edificio del parlamento en 1993, sino que también la clase dirigente del país comenzaba a dar la espalda a esa idea de integración con occidente, y empezaba a retomar la idea de una Rusia independiente que ocupara el lugar de privilegio dentro del sistema de naciones que su geografía e historia le habían señalado (Mankoff, 2011).

Para 1.996, con la designación de Yevgeny Primakov como nuevo Ministro de Relaciones Exteriores, la visión de integración con occidente de la era Yeltsin – Kozyrev finalmente cedió ante las presiones de la élite al interior de Rusia, que veían con preocupación el rol decreciente del país en el sistema internacional.

El interés que mostró Yeltsin y Kozyrev en construir lazos con occidente era apenas una manifestación de una corriente al interior Rusia que ha tendido en identificar afinidades de este país con Europa y su pertenencia al ámbito europeo como el camino para lograr su posicionamiento en el escenario internacional. Esta corriente,

que se mostró dominante en el momento que siguió al colapso de la Unión Soviética, chocó con otros intereses que también han subsistido históricamente en su interior y que consideran a Rusia una civilización con rasgos autónomos, cuyo interés nacional no siempre se identifica, y en muchos casos se contrapone a los del mundo occidental (Tsygankov, 2013).

En efecto, durante el período de Yeltsin como líder del Kremlin, siempre hubo fuerzas al interior de la elite rusa que añoraban el papel de súper potencia de la extinta Unión Soviética y , al mismo tiempo, desconfiaban de una política exterior dirigida a integrarse con los que fueron sus grandes enemigos durante toda la segunda mitad del Siglo XX.

La primera muestra de inconformismo de estos grupos se dio tempranamente con la intentona golpista de agosto de 1991 contra el aún entonces Premier Soviético Mikhail Gorbachov, en ese entonces, tanto el jefe de la KGB Vladimir Kryuchkov, como el Ministro de Defensa Dmitry Yazov lideraron las facciones comunistas y nacionalistas al interior del Partido Comunista de la Unión Soviética -PCUS que se oponían a la agenda reformista contenida en la Perestroika y el Glasnost de Gorbachov y a la ya evidente disolución del imperio soviético.

Si bien esta intentona fue conjurada en tan sólo tres días gracias al apoyo de la comunidad internacional, pero por sobre todo del entonces presidente de la Federación Rusa, Boris Yeltsin a quien aún se recuerda arriba de un tanque de guerra al frente de la Casa Blanca de Moscú, dejó al descubierto las contradicciones

que al interior del país subsistirían aún años después del desplome del imperio soviético.

Y es que el movimiento pro occidente que encabezó Yeltsin y Kozyrev poco a poco comenzó a perder apoyo ya no sólo al interior de las antiguas estructuras del PCUS, sino también dentro de la base del pueblo ruso. Las profundas medidas de choque que buscaban aceleradamente la transformación de una economía planificada a una de mercado, con una acelerada política de privatizaciones a cargo de Anatolii Chubais, pasaban su cuenta de cobro al ciudadano de a pie. La velocidad de las reformas llevaron a que la tasa de inflación para el año 1993 llegara a la escandalosa cifra del 874.6%². Toda esta situación, condujo a que en las elecciones de 1993 y 1995 los movimientos comunistas y nacionalistas lograran importantes escaños en la Duma que presionarían la adopción de una agenda mucha más autónoma hacía Europa y los Estados Unidos³.

Pero el tema económico no fue el único que creó fracturas al interior del Kremlin, la situación con las antiguas ex repúblicas socialistas soviéticas generó amplias corrientes de insatisfacción entre las antiguas élites del PCUS. La implosión de la URSS generó que las ex repúblicas soviéticas buscarán un acercamiento con occidente.

² Datos del Banco Mundial. Disponible en :http://data.worldbank.org/indicator/FP.CPI.TOTL.ZG?page=4&order=wbapi_data_value_2010%20wbapi_data_value%20wbapi_data_value-first&sort=asc. Recuperada el 14/05/2015

³ Para las elecciones de 1995, el Partido Comunista alcanzaría el 34.9% de los escaños, el partido Nuestro Hogar es Rusia (nacionalista) el 12.2%, mientras que el partido Democrático Liberal el 11.3%. Fuente: www.russiavotes.org. Recuperada el 21/5/2015.

Los estados bálticos, por ejemplo, habían gestado movimientos independentistas aún antes de 1991. Para mediados de 1989, los frentes populares de Letonia y Estonia y los Sajudis de Lituania bajo el paraguas de la Perestroika y el Glasnot ya habían destruido las antiguas redes de control del PCUS y la KGB al interior de sus repúblicas, tenían acceso a todas las oficinas de gobierno y habían gestado lazos de cooperación con otros movimientos populares de otras repúblicas soviéticas como Bielorrusia, Georgia y Ucrania (Muiznieks, 1995). Así, cuando la Unión Soviética quedó formalmente disuelta en diciembre de 1991, ya Letonia, Lituania y Estonia habían declarado su independencia frente a su antiguo poder imperial.

La guerra de Chechenia:

Quizá el hecho que más debilitó a Yeltsin tanto en la esfera interna como externa lo constituyó la incursión del ejército Ruso a la región de Chechenia en el invierno de 1994.

Las relaciones entre Rusia y esta región del Cáucaso han sido complejas desde el Siglo XIX cuando se forzó su anexión al Imperio Ruso. Durante la época de la Revolución Bolchevique (1917-1920), Chechenia declaró su independencia hasta que fue nuevamente suprimida, esta vez por el Ejército Rojo. Desde 1991, Chechenia había buscado independizarse de la Federación Rusa, siempre bajo el liderazgo de Dzhokar Dudayev, un antiguo piloto de la aviación soviética que había volado bombarderos nucleares por muchos años. Esta primera expresión de independencia, nunca fue tomada en cuenta por el Kremlin, que, en una conducta

que se volvería recurrente, fortaleció a las fuerzas pro rusas que al interior de Chechenia se oponían a separarse de la Federación. Así, a pesar de que en 1993 Dudayev declaraba la total independencia de Chechenia, las fuerzas pro- rusas intensificaron su oposición lo que llevó a una abierta guerra civil.

Por supuesto, la importancia estratégica de esta región para Rusia ha sido vital, pues además de ser un corredor hacia el Mar Negro y el Mar Caspio, los oleoductos y gasoductos hacia el Asia Central atraviesan a Chechenia. Para 1994, las fuerzas militares rusas ya actuaban abiertamente en el país, y en diciembre de ese año lanzaron la invasión con fuerzas regulares con el objetivo de instalar un régimen pro ruso. La toma de Grozni que se desarrolló de diciembre de 1994 a marzo de 1995 causó innumerables bajas civiles y violaciones a los derechos humanos que fueron reconocidas inclusive por el Comisionado para los Derechos Humanos de Yeltsin, Sergey Kovalev.⁴

La cuestión de Chechenia, que todavía sigue sin solución definitiva, llevó a un rompimiento entre Yeltsin y la élite militar, que lo debilitó internamente y marcó un punto de quiebre en las relaciones entre Rusia y occidente, pues dejó claro que el compromiso con los principios liberales de respeto a la libre autodeterminación de los pueblos no era tan claro cuando se trataba de defender lo que aún para la Rusia de Yeltsin constituía el interés nacional.

⁴ Fuentes independientes han calculado las cifras de civiles muertos en esta primera campaña en 25.000 muertos. www.globalsecurity.org . Recuperada el 18/05/2015. La crisis con Chechenia volvería a repetirse en los años 1999 y 2000 ya bajo el mandato de Vladimir Putin.

El tránsito desde la disolución de la Unión Soviética a la Rusia de la primera mitad de los años 90s que buscaba una plena integración con las instituciones de occidente no fue en realidad algo fortuito, fue más bien un reflejo de una tradición existente desde la época Zarista que ha visto a Rusia como una nación ligada a Europa, y cuyo interés nacional está mejor protegido en un escenario de integración más que de confrontación con las naciones más allá de los Urales (Tsygankov, 2012).

Esta visión, que para algunos se remonta inclusive a la época de Pedro El Grande y Alexander I (Tsygankov, 2013) claro está, no ha sido la única que ha existido al interior de dicha nación, y tampoco ha sido la que ha prevalecido la mayor parte del tiempo, pero sin duda fue la que guio la política exterior rusa en los años siguientes a la desaparición de la Unión Soviética, y de la cual Boris Yeltsin y su ministro de Relaciones Exteriores Andrei Kozyrev eran fieles representantes⁵.

Esta línea de pensamiento que ha sido llamada Occidentalista (Westernist) se contraponen a otras que también subsisten en su interior y que operan con gran fuerza a la hora de influir los procesos de formulación de la política exterior rusa. Corrientes como la *Eslava* (Stein, 1976), la *Estatista* (Statist) y la *Civilizacionista* (Civilizationist) identifican a Rusia como una nación con valores únicos, muy diferentes a los de occidente (Tsygankov 2013; Stein, 1976), y por lo tanto afectan

⁵ Sin embargo, estas afirmaciones no pueden ser tomadas en un sentido absoluto. Aún dentro del manejo de Yeltsin – Kozyrev, la política exterior Rusa tuvo muestras de independencia en asuntos vitales como la guerra de los Balcanes, por ejemplo cuando utilizó su poder de veto en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas para levantar el embargo de armas a Bosnia en 1993, en un claro ejercicio de protección a Serbia.

su relacionamiento en la esfera internacional, pues proponen una política exterior mucho más autónoma, fundada en un rasgo característico de la identidad rusa que la identifica cómo una nación que por su historia y geografía esta llamada a ocupar un lugar entre las grandes potencias del mundo.

La era Primakov:

Cuando Evgenii Primakov llegó a ocupar el Ministerio de Relaciones Exteriores, ya el modelo integracionista con occidente estaba agotado. De hecho, su designación como Ministro para muchos fue una señal de un claro giro de la política exterior rusa de su orientación occidental hacía una que priorizaría las relaciones con los países del Asia Central y Eurasia que hacían parte de la Comunidad de Estados Independientes CEI⁶. Primakov, quien venía de servir en el Servicio Federal de Inteligencia, sucesor de la KGB, ya veía con preocupación las intenciones de la OTAN de expandir su ámbito de acción a través de la incorporación de países de la antigua esfera soviética como Polonia, Hungría y la República Checa⁷, lo que lo se materializó mediante un giro de la política exterior de una corriente liberal que imperó en el primer lustro de los 90s, a una basada en los principios realistas (Lynch, 2001).

⁶ La Comunidad de Estados Independientes fue la solución que se dio al colapsar la URSS para mantener un vínculo entre las antiguas repúblicas soviéticas. Aun cuando todavía sigue vigente, tiene un carácter de organización supranacional y no de Estado como lo era la URSS.

⁷ En 1993, Checoslovaquia se dividió pacíficamente en la República Checa por un lado y Eslovaquia por el otro, una división que aunque celebrada por el pueblo eslovaco, no fue tan bien recibida por sus antiguos conciudadanos Checos.

Sin embargo, y como más tarde se señalará, aún en este aparente giro teórico de la política exterior rusa hacia el realismo, Primakov fue lo bastante hábil para proponer fórmulas que afianzaran el papel de Rusia dentro de su zona de influencia tradicional, sin que ello significará una confrontación con occidente, frente a quienes era importante mantener una imagen de una Rusia colaborativa en el sistema internacional, sobre todo cuando aún su economía dependía en gran medida de los flujos de capital provenientes de Europa y los Estados Unidos.

Primakov, sin duda supo manejar la doble necesidad de restablecer en cierta medida una mayor autonomía en la política exterior rusa, asegurando por un lado su ascendencia frente a los países de la antigua esfera soviética, en donde resalta la firma del acuerdo con Ucrania en 1997 que reconoce su independencia pero asegura la permanencia de su flota del Mar Negro en Sebastopol, sino también estrechando los lazos diplomáticos con países como China, India e Irán en torno a temas sensibles como el embargo a Irak vigente desde la primera Guerra del Golfo, la crisis de los Balcanes y la expansión de la OTAN.

El objetivo de Primakov en ese momento, era establecer un eje que sirviera de contrapeso al poder de Estados Unidos, y al mismo tiempo sacar provecho a las posibilidades económicas que pudieran surgir con dichos países (principalmente asegurar la compra de armamento ruso y la cooperación en el desarrollo de tecnología nuclear).

Estos acercamientos, sin embargo, no fueron impedimento para construir mecanismos de cooperación con la OTAN, como lo fue la firma en 1997 del Acuerdo de Relaciones Mutuas, Cooperación y Seguridad (*Founding Act on Mutual Relations, Cooperation and Security*), que creó el Consejo Permanente OTAN – RUSIA. En este documento ambas partes manifiestan su interés de no considerarse mutuamente como adversarios con el objetivo de trabajar mancomunadamente en pro de la seguridad regional⁸.

La línea colaborativa entre Rusia y la OTAN que se estableció en el Acuerdo de Colaboración Mutua, sirvió como un elemento tranquilizador al interior de la élite rusa, pues imponía una barrera ante los riesgos que desde el punto de vista militar imponían la que en ese momento era ya una política expansionista de la Alianza Atlántica hacia los antiguos países de la Cortina de Hierro.

La intervención unilateral de 1999 por parte de la OTAN en la crisis de los Balcanes, y en concreto los bombardeos sobre Belgrado, rompieron de un solo tajo los avances construidos en la relación Rusia –OTAN. La reacción de Rusia ante lo que consideró un acto provocador por parte de occidente, liderado por supuesto por los Estados Unidos, fue en principio contundente: Canceló las negociaciones que se adelantaban con el FMI y suspendió su participación en el Acuerdo de Relaciones Mutuas, llegando inclusive a expulsar a los representantes de la Alianza que estaban estacionados en Moscú . Y decimos que en principio, por cuanto al final

⁸ El acuerdo de Relaciones Mutuas puede ser consultado en este enlace: http://www.nato.int/cps/en/natolive/official_texts_25468.htm recuperado el 19/05/2015.

Rusia terminó participando en los acuerdos para poner fin a la guerra sin mayores pretensiones que el respeto a la integridad de su tradicional aliado Serbia (Mankoff, 2011). Primakov ocuparía el Ministerio de Relaciones Exteriores hasta septiembre de 1998, para después ocupar la silla de Primer Ministro hasta mayo de 1999, cuando comenzaría la era de Vladimir Putin.

Como corolario, durante el período transcurrido desde el colapso de la Unión Soviética (Yeltsin – Kozyrev) hasta el momento en que Primakov ejerció como Ministro de Relaciones Exteriores, la política exterior rusa experimentó un cambio que comenzó con una prevalencia de una identidad nacional que privilegiaba el relacionamiento e integración con occidente como única manera de lograr recuperar un rol de importancia en la consolidación de la estructura internacional en la época post – Guerra Fría, a un giro revisionista, fomentado por una situación interna que reflejaba ya una desilusión ante el fracaso de las reformas económicas fomentadas desde occidente, que originó el ascenso de una visión más ligada con las identidad estatista y civilizacionista (Tsygankov, 2013) que ven a Rusia como una sociedad con valores y cultura diferentes a las de occidente, y por ende, obligada a actuar autónomamente frente a los poderes imperantes de Estados Unidos y Europa.

En los años finales de la década de los 90s, ya era claro entonces que aun cuando Rusia no buscaría un escenario de confrontación con occidente, como sí lo tuvo la Unión Soviética, su rol dentro del sistema internacional no se dirigía hacia la búsqueda de una integración que lo llevara a aceptar sin cuestionamiento las dinámicas de un mundo unipolar dirigido por los Estados Unidos.

El ascenso de Putin:

Con el ascenso de Vladimir Putin al poder, primero como primer ministro y después como líder del Kremlin ante la renuncia de Yeltsin el 31 de diciembre de 1999, el cambio en el enfoque de la política exterior rusa que inició bajo Primakov se profundizó. Como Primakov, Putin centró sus esfuerzos en política exterior para restablecer el rol de Rusia como un actor principal del escenario internacional, sin embargo, para algunos autores como Spechler (2010), la política exterior rusa durante la primera era Putin (2000 -2008) no fue del todo homogénea, pues identifican al menos cuatro fases con rasgos característicos que en cierta medida varían dependiendo también del contexto internacional de cada uno de esos momentos. Así, Spechler identifica una primera fase (entre los años 2000 y 2001) que se caracteriza como un período de intensa oposición a las políticas norteamericanas, representada en hechos tan dicientes como su visita a Corea del Norte (julio del 2000), el estrechamiento de lazos con otros países abiertamente anti norteamericanos como Irán e Irak o su rechazo a la implementación del START II (Strategic Arms Reduction Treaty). Una segunda fase (2001 - 2002), estuvo marcada por el punto de inflexión que para el sistema internacional representó los ataques del 11S y los anuncios de Putin de colaborar activamente con los Estados Unidos en la lucha contra el terror, lo que incluyó acuerdos para compartir información de inteligencia, y una total laxitud de Rusia respecto de la presencia militar de los Estados Unidos en el Asia Central. La tercera fase (2002-2003) coincide con el período de oposición rusa a la invasión a Irak, inclusive con la

amenaza de utilizar su poder de veto en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y la búsqueda de una alianza con otros países, incluyendo algunos europeos como Francia y Alemania, que también se oponían a la cruzada orquestada por Washington en busca de las armas de destrucción masiva que supuestamente escondía Sadam Hussein. La última fase que identifica Spechler, coincide con el segundo período de la presidencia de Putin, una vez fue reelegido en el año 2004. Durante este período, el tono de la política exterior rusa se volvió más vehemente en torno a las potencias occidentales. Este giro estuvo influenciado en hechos que fueron interpretados, con o sin razón, como amenazas a la seguridad externa de Rusia. Acontecimientos como la llamada Revolución Naranja en Ucrania (noviembre 2004 - enero 2005) o la Revolución de los Tulipanes en Kirguistán (marzo del 2005) fueron interpretados como un reflejo de la intromisión de occidente en la esfera de influencia de Rusia. Estos acontecimientos, que involucraban la exigencia de mayor apertura democrática en dichas naciones, el Kremlin no dudo en calificarlos como movimientos patrocinados desde occidente que buscaban sentar las bases para la toma del poder por grupos afines a sus valores y principios. Naturalmente, para Putin, tener gobiernos pro-occidentales en su *patio trasero* constituía un hecho que simplemente no podía ser aceptado, mucho menos cuando para Putin, el fin último de estas revueltas era instigar y motivar movimientos similares al interior de Rusia. De ahí en adelante, las reacciones de Rusia frente a cualquier intento de los países

de la antigua esfera soviética tendiente a estrechar lazos con occidente suscitarían una reacción vehemente en términos políticos, económicos e incluso militares⁹.

Casos como el de Ucrania, con la Revolución Naranja, o más tarde Georgia, quien no ocultaba su interés de hacer parte de la OTAN, precipitaron reacciones de Rusia que más tarde desembocarían en crisis aún más profundas que son las que han hecho que no sólo en el ámbito académico (Blank, 2015; Engelhart, 2014; Shuster, 2014), sino en gran parte de los medios occidentales, se hablé de un resurgimiento de las intenciones imperialistas rusas.

Esta tendencia, también se vio influenciada a partir de una serie de acontecimientos que debilitaron la posición de los Estados Unidos como hegemon, hechos que pasan por su pérdida de credibilidad ante los resultados adversos en términos de la opinión pública internacional de sus intervenciones en Irak y Afganistán todo ello, estimulado por la dificultad para entender una personalidad tan compleja como la de Vladimir Putin.

Sin embargo, otra forma de entender estos nuevos desarrollos, apunta a un interés de posicionar a Rusia como una potencia relevante en todos los escenarios mundiales, sin que ello signifique necesariamente un interés de confrontar a occidente como en su momento lo hizo el imperio soviético o la rusa zarista. Bajo esta aproximación, Rusia por consideraciones de geografía e historia, tiene

⁹ La reacción contra Ucrania fue elevar los precios del gas que Rusia suministraba a ese país, que incluyó inclusive la suspensión del suministro en el 2006.

asegurado un lugar de privilegio entre el concierto de naciones que identifica como algo propio a su interés nacional.

Sin lugar a dudas, lograr definir cuál será el papel de Rusia en los años venideros, cuál de estas dos posiciones logrará prevalecer como rasgo primordial de su política exterior, nos permitirá en gran medida entender cómo será la configuración del sistema internacional en este Siglo XXI, cuando ya, con tan sólo unos cuantos años de recorrido ha logrado desvanecer ese optimismo inicial que siguió a la terminación de la Guerra Fría.

II. UN ENFOQUE DESDE LAS TEORÍAS:

El ex secretario de estado Henry Kissinger, en su obra “El Nuevo Orden Mundial” (2014) al analizar el sistema de balance de poderes que caracterizó al continente europeo desde la Paz de Westfalia se refiere a la política exterior rusa como un “enigma” indicando las características únicas que ha desempeñado su rol en el sistema internacional, interviniendo activamente como parte del equilibrio de poderes europeo, expandiéndose a través de dos continentes en un proceso ininterrumpido que sólo se ha detenido por la necesidad de ajustar debates internos, para ser retomado nuevo en un vaivén que ha sido consistente a través de los siglos.

Tradicionalmente, la corriente teórica más fuerte a la hora de estudiar este vaivén de la política exterior rusa al que se refiere Kissinger es la Realista, la cual identifica que el máximo interés de la política exterior rusa es preservar la supervivencia del Estado como elemento principal de su interés nacional.

Esta aproximación desde el Realismo, ha sido sin duda la preponderante a la hora de estudiar la política exterior rusa (Blank, 2015; Shakleyina & Bogaturov, 2004; Ziegler, C. (n.d); Lynch, 2004) y la misma se ha centrado en características que han sido determinantes dentro de la historia de dicha nación. Aspectos como el mantenimiento de esferas de influencia, la necesidad de generar ejercicios de balance de poder, la centralidad del Estado como actor principal y su marcada inclinación a confiar en un poder militar fuerte la seguridad nacional han sido rasgos

característicos que sin duda identifican la política exterior rusa con los postulados del realismo clásico. De hecho, aparte de los primeros años de los 90s, en donde el espíritu teórico liberal fue el que prevaleció en la era Yeltsin – Kozyrev, la política exterior rusa a partir de Primakov ha mantenido un discurso consecuente en contra de un mundo unipolar a semejanza del que siguió al colapso soviético, en pro de un mundo multipolar en donde claro está, Rusia está llamado a tener un papel de primer orden.

En la era soviética, era casi imposible que otro tipo de enfoque teórico pudiera coexistir con los dogmas oficiales imperantes dentro del marxismo - leninismo (Shakleyina & Bogaturov 2004), pues los mismos fundamentos filosóficos del materialismo histórico bajo los cuales se construyó la filosofía del comunismo soviético reconocían en el Estado el instrumento principal en el que la lucha de clases se libraría a favor de la dictadura del proletariado.

Este enfoque realista, está fundado en una visión de la identidad del sentir ruso que ve en el Estado el único vehículo capaz de proteger los intereses nacionales, y que identifica al pueblo ruso como una civilización en sí misma, con valores diferentes a los de occidente, diferente a la visión liberal, también existente, que la ubica mucho más cerca del continente europeo.

De acuerdo con Tsygankov (2012), dentro de las escuelas de pensamiento que coexisten al interior de Rusia, tanto la estatista como la civilizacionista centran su discurso en el reconocimiento del Estado como actor principal en el ámbito

internacional a través de la consolidación de elementos como el poder militar y el mantenimiento de las estructuras de poder que fortalezcan su rol como unidad en el escenario externo. Dentro de la escuela realista rusa por su parte, persiste la idea, al menos para este aún temprano Siglo XXI, de abogar por un mundo multipolar en el cual Rusia debe surgir como un poder dentro del nuevo orden emergente en los términos más favorables posibles (Shakleyina & Bogaturov 2004). Así, los realistas rusos reconocen el surgimiento de un mundo unipolar dominado por los Estados Unidos como consecuencia del colapso soviético, pero consideran que este escenario no es el más favorable para los intereses del país pues relegaría a Rusia a un rol de simple potencia regional, muy a la manera de los primeros años de la década de los 90s. Bajo esta óptica, se habla incluso de un mundo unipolar conformado por lo que se considera occidente (básicamente el G7) que coexiste con una periferia conformada por aquellos países que confrontan de alguna manera los valores de occidente como algo que no es posible homogenizar o "globalizar" (Yakovlev, 2000, citado por Shakleyina & Bogaturov, 2004). De todas formas, la premisa fundamental de los realistas al interior de Rusia, es prevenir la consolidación de un sistema internacional dirigido por occidente, en donde Rusia quedara por fuera de los centros de poder. En resumen, existe un elemento propio a la identidad rusa que es su compromiso histórico con ser un gran centro de poder (*velikoderzhavnost*).

Para los teóricos occidentales del realismo, imbuidos tal vez en el imaginario construido a partir de las ambiciones imperialistas pasadas de los Imperios Ruso y

Soviético, sumado a su innegable poder material (arsenal nuclear y grandes recursos naturales) lleva a algunos analistas (Blank, 2015; Shuster, 2014) a interpretar sus acciones en política exterior como una manifestación inequívoca de su ambición por acumular poder. Estas ambiciones, claro, están íntimamente reflejadas en las intenciones de Rusia de mantener una esfera de influencia a manera de círculo de contención, que lo mantenga alejado de los peligros que históricamente le ha representado Europa.

La diferencia con la escuela de pensamiento liberal, radica entonces principalmente en la forma en la que Rusia debe alcanzar ese lugar de preponderancia dentro del sistema mundo (Wallerstein, 2005), pues para estos, la única forma posible es a través de la implementación de reformas económicas y políticas que permitan que el país se inserte en las corrientes propias de la globalización promovidas por el centro, identificado con el modelo occidental. Esta corriente siempre ha existido al interior de Rusia, muchos como Tsygankov (2012) incluso ubican sus orígenes en los esfuerzos de Pedro el Grande de consolidar un ejército al estilo occidental, pues reconocía el atraso de Rusia en materia tecnológica frente a sus pares europeos. En la época soviética, y a pesar del totalitarismo comunista, también existieron corrientes que evocaban un régimen mucho menos rígido, y en ese sentido consideraban que el despotismo de Stalin no era más que una distorsión de las ideas originales de la Revolución Bolchevique, ideas que a la postre darían surgimiento a un personaje como Gorbachov. Hoy en día, y a pesar de la resistencia que generó al interior de Rusia el fracaso de la política integracionista con occidente

de comienzos de los 90s, todavía hay quienes consideran que el país comparte un núcleo de valores con dicha región y que por consiguiente su futuro no puede ser otro que el de ingresar a la comunidad del mundo “civilizado”.

Sin embargo, autores como Tsygankov han enfatizado sobre la falta de poder explicativo tanto del realismo como del liberalismo frente a las cambiantes circunstancias del contexto mundial, atribuyendo un importante rol a los factores domésticos de los Estados y su impacto en la política internacional: “el poder e interés nacional no se pueden definir objetivamente ya que no son iguales para todos los estados, además, cuando se hacen presentes elementos subjetivos, se erosiona la coherencia lógica del realismo” (Hazleton, 1987)

En efecto, el actual contexto de las RRII de pos- Guerra Fría, caracterizado por las relaciones de interdependencia, el incremento de la hegemonía del capital transnacional, la emergencia de regímenes internacionales y el paralelo desarrollo de una sociedad civil global, y de actores no estatales producto de los cambios tecnológicos y el proceso de globalización, hace imposible teorizar sobre ello como un todo sistemático (Risse, 2007, pp. 255-256), en ese sentido, la tendencia del realismo de no considerar estas otras variables a la hora de analizar la política exterior de un país con la complejidad de Rusia, hace que sea insuficiente como enfoque teórico para realizar un análisis plausible que permita generar patrones de conducta bajo las condiciones del Siglo XXI. No se trata por supuesto, de negarle poder explicativo al realismo sobre los hechos que caracterizan la política exterior rusa, sino de enfatizar que dentro del complejo proceso de su formulación, no sólo

los postulados de poder y supervivencia, propios del realismo, deben ser los únicos en ser tenidos en cuenta, sino también aquellos aspectos subjetivos que están asociados con la formación de su cultura e identidad.

La conducta de este gigante, que como lo anota Kissinger (2014), pasa de momentos en los cuales se muestra como una nación con una política exterior activa y agresiva, con una marcada intensión expansionista y una participación activa de los movimientos y alianzas propios de los ejercicios de búsqueda de equilibrio de poder (realista), a otros, en los que por el contrario ha buscado un reacomodamiento y refugio en sus asuntos internos, con un espíritu de cooperación e integración (liberal), para después con recobradas fuerzas volver a lanzarse a un activismo internacional cómo gran potencia, nos lleva a concluir que tanto el enfoque realista como el liberal aun cuando están presentes en las manifestaciones de la política exterior de este país, en algunos momentos no son suficientes para explicar el todo de su complejidad.

El Constructivismo como acercamiento teórico complementario a la política exterior rusa:

En efecto, el problema de abordar el análisis de la política exterior rusa en el período posterior a la terminación de la Guerra Fría utilizando exclusivamente alguno de los dos enfoques, sea el realista o el liberal, radica en que cada uno de ellos tiende a dar mayor valor a un solo aspecto de las relaciones internacionales. Así, tanto para los realistas como para los liberales, les es muy difícil tener en consideración otros

elementos que también influyen en la formulación de una política exterior, tales como las variables societales que contienen los valores, creencias y preferencias al interior de una sociedad, que finalmente ayudan a configurar la identidad nacional como elemento determinante a la hora de analizar el comportamiento en el escenario internacional de un país como Rusia.

Para autores como Makarychey (2011), a pesar de que el giro de la política exterior rusa al inicio de la era Primakov utilizó un lenguaje propio de los realistas, existen al menos tres razones por las cuales la utilización de estos conceptos difieren del significado que se les daría bajo esta óptica. Primero, señala Makarychey, a diferencia de los realistas clásicos que asumen la multipolaridad en un sentido negativo, es decir, como una reacción a la preponderancia de un actor que suele terminar en conflicto o agresión, el discurso de Primakov o Putin a favor de un mundo multipolar, tiende más a “una distribución justa del poder entre una variedad de polos” que a un ejercicio defensivo de equilibrio de poderes. En segunda medida, la oposición a la expansión de la OTAN por parte de Rusia, no se adecua a la lógica realista por cuanto lo previsible sería que esta alianza se hubiese desmoronado ante la ausencia del archienemigo por el cual se había creado. Y por último, el discurso de la Rusia actual reta el concepto fundamental de la teoría realista de un sistema internacional anárquico, por cuanto no se propone entrar en conflicto con las instituciones del mundo globalizado, sino lograr que sean más inclusivas frente a la variedad de culturas, visiones e intereses del sistema actual.

Adicionalmente, la insuficiencia de los postulados realistas quedó demostrada en su incapacidad para explicar de una manera coherente lo acontecido desde el final de la Guerra Fría y el desmoronamiento del imperio soviético, del que emergió una Federación Rusa incapaz, por asuntos políticos y económicos, de mantener la posición de gran potencia mundial que ostentó la URSS desde el final de la segunda guerra mundial y que abrazó, al menos momentáneamente los postulados del pensamiento liberal dentro de las Relaciones Internacionales. Así mismo, el enfoque liberal también falló en explicar los nuevos giros de la política exterior rusa que comenzaron con Primakov y se profundizaron con el ascenso de Putin, pues se interpretó como una reacción a la ausencia de compromiso de occidente en apoyar a través de mecanismos de cooperación las reformas democráticas y de mercado que se habían puesto en marcha con el ascenso de Yeltsin al poder.

Como lo sostiene Tsygankov (2013), los giros en la política exterior rusa son un reflejo de las condiciones cambiantes, tanto internas como externas, que han hecho que a partir del año 1991 hayan moldeado el predominio de una identidad nacional dominante, liberal a comienzos de los 90s, influenciada por un entorno internacional que daba cuenta del “*fin de la historia*” y estatista desde Primakov, cuando ya las reformas de mercado se mostraban incapaces de lograr una mejoría en las condiciones de vida de los ciudadanos, la cual es la que en última instancia termina determinando su conducta en el escenario internacional.

Así las cosas, el enfoque constructivista permite contar con elementos de análisis adicionales a los que provee el realismo, pues logra tener en cuenta elementos

subjetivos que se adecuan a una explicación plausible de los cambios o vaivenes que ha sufrido la política exterior de Rusia desde la disolución de la Unión Soviética.

Ahora bien, para poder entender esas fluctuaciones de la identidad rusa es preciso tener en cuenta cual es la visión que en cada momento ha logrado prevalecer. Así, en los años siguientes al colapso de la Unión Soviética, fueron los liberales los que lograron construir un consenso en su interior, influenciados claro está por el propio contexto histórico que daba a las ideas democráticas y de economía de mercado prevalecientes en occidente el triunfo sobre el Marxismo – Leninismo. Una vez las aceleradas políticas reformistas mostraron su lado oscuro y la sociedad rusa comenzó a percibir una falta de compromiso y aceptación por parte de occidente, se precipitó un cambio que llevó a que los enfoques estatista y civilizacionista, siempre presentes y aún mayoritarios que los liberales, volvieran a lograr moldear el proceso de reconfiguración de la identidad rusa hacia un reconocimiento de su carácter perdido de gran potencia. El ascenso de Putin marcó también giros y matices en la identidad rusa, pues en un primer momento generó algunas dinámicas de cooperación con Europa y los Estados Unidos, en aras a un reconocimiento de su identidad europea, que después se modificaría ante un contexto internacional en el que el unilateralismo americano amenazaba con relegar a Rusia a un papel de mera potencia regional. Así, a pesar de que históricamente han existido con claridad tres escuelas de pensamiento al interior de Rusia –liberal u occidentalista; estatista y civilizacionista - (incluido el período soviético), cada una de ellas ha moldeado en cierto momento la configuración de su política exterior, a través de la generación de

coaliciones que las vuelven determinantes en la proyección internacional del estado. Así, el consenso liberal construido a partir del colapso de la Unión Soviética, fue resquebrajándose al acercarse la mitad de la década de los 90s, tal y como lo muestran los resultados de las elecciones de 1993 y 1995 que favorecieron a los partidos comunistas y nacionalistas en la Duma, a favor de los grupos que privilegian la independencia y autonomía rusa, del que harían parte Primakov y Putin más adelante.

Este fenómeno *-constructivista-* no responde solamente a un análisis de las capacidades materiales del país, pues Rusia, no ha dejado de ser una potencia militar y nuclear, y sigue siendo además, uno de los cinco países que conforman el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, sino más bien, responde a un proceso de interacción entre los diferentes grupos que van generando un modelo de interés nacional cuya protección no se alcanza bajo una única aproximación teórica, sino que se construye de acuerdo a las condiciones del entorno interno y externo predominante. Como lo menciona Ruggie (1998) el constructivismo se centra en la elaboración de identidades e intereses socialmente elaborados (o influenciados, agregó) y su papel en la vida internacional.

Bajo esta óptica, la manera en la que los estados interactúan bajo un sistema anárquico, no obedece *per se* a un esquema de confrontación o cooperación, sino a la cultura política bajo la cual viven (Ruggie 1998). Así por ejemplo, durante la época de la Guerra Fría los Estados Unidos y la Unión Soviética interactuaban bajo un escenario hostil, lo cual llevaba irremediablemente a que sus identidades

nacionales se afianzaran bajo el referente del *otro* como enemigo. Al caer la Unión Soviética y emerger Rusia como su sucesor, ya no había necesidad de ese referente del *otro* como enemigo y se forjaron identidades e intereses que parecían configurar un sistema internacional cooperativo. El fracaso de las reformas liberales, atribuidas por muchos al interior de Rusia a la falta de cooperación por parte de las instituciones occidentales, generó un re proceso de los intereses para situarlos ahora, no tanto en un escenario de enemistad como en la época de la Guerra Fría, sino de rivalidad, generando la necesidad por parte de Rusia, de un reconocimiento por parte de occidente como un Estado con una historia e identidad merecedoras de ser tenidas en cuenta como un actor global. Claramente, no sólo el fracaso de las reformas democráticas y de mercado llevaron a esta nueva configuración de la identidad rusa, también existieron otros aspectos importantes dentro del sistema que precipitaron este giro. Por un lado, la intención de Estados Unidos y sus aliados europeos de expandir la OTAN, y por el otro la necesidad de estructurar un sistema que no se fundamente en el unilateralismo estadounidense.

Una de los postulados centrales de Alexander Wendt (2003, p. 309) es que las ideas determinan los intereses del Estado y el significado y contenido del poder, así como las estrategias bajo las cuales estos deben ser alcanzados. Esto no significa que las ideas deban funcionar en un sentido progresivo, es decir, que a partir de épocas en donde predomina un realismo agresivo, se deban seguir períodos en donde predomine un enfoque liberal o Kantiano.

La construcción de la identidad nacional y de los intereses en determinado momento dependen de factores tanto externos, como internos que permiten que cierta visión sobre el mundo tenga prevalencia sobre otra, así esa otra, haya sido la predominante durante un gran periodo de tiempo. De esta manera, “en términos generales, el constructivismo apunta a la idea de construcción social, mediante un proceso de interacción de identidades que van moldeando las prácticas internacionales. Por consiguiente, esto incluye la influencia de los actores sociales en el mundo internacional, y su mayor o menor influencia dependerá de cada momento histórico”. (Alvarez & Ovando, 2009, p. 550).

El constructivismo entonces, aun cuando no desestima los factores materiales, los sociales son preeminentes, pues los actores actúan sobre la base de creencias que tienen sobre el ambiente y sobre otros, lo cual tiende a reproducir esas creencias (Wendt, 2003, p. 108).

En el caso de la Rusia, posterior a la Guerra Fría, factores tanto internos como externos han contribuido a la construcción de una identidad nacional que no ha sido estática, sino que ha oscilado dependiendo del ambiente internacional y de coyunturas internas relacionadas con el consenso que a su interior haya alcanzado una corriente específica, sea la liberal o pro occidental como a comienzos de los 90s, o la estatista a partir de la designación de Primakov.

Tsygankov (2013) señala que una nación no es algo homogéneo, pues al interior de ella coexisten varias escuelas de pensamiento, cada una de ellas con su particular

concepción de lo que es el mundo y de la forma en que el país debe interactuar con ese entorno. La formación de estas escuelas tiene un fundamento histórico, y responde a condiciones tanto exógenas (el escenario internacional) como endógenas (las condiciones internas en lo político, económico y social). Todo esto determina la formación de la identidad nacional, la visión del mundo exterior y la forma en la que se debe proceder para alcanzar el interés nacional.

Adicionalmente, esta formulación de la política exterior también depende de la conducta de otros estados hacia Rusia en un determinado momento histórico y la forma como dicha nación ha buscado el reconocimiento por parte de ese "otro" (Tsygankov, 2013). En el caso de la Rusia posterior al colapso soviético, ese "otro" relevante ha sido occidente y en particular los Estados Unidos.

Recapitulando a Wendt (2003), en un sistema internacional caracterizado por la anarquía, el comportamiento de los estados está determinado por al menos tres tipos de relacionamiento: Uno basado en la enemistad (modelo hobbesiano), otro en la rivalidad (modelo Lockeano) y el último en la amistad (modelo Kantiano). Así, mientras que en el escenario de Guerra Fría el sistema internacional, derivado de un interés nacional que privilegiaba la seguridad y supervivencia del Estado giraba en torno a un modelo hobbesiano, una vez las condiciones cambiaron, y desaparece la amenaza latente de un conflicto nuclear, se configuró un escenario político en el cual tanto Rusia como los Estados Unidos dejaron de verse el uno al otro como enemigos y se generaron dinámicas de cooperación y amistad que giraban en torno a la aceptación del modelo democrático y de economía de mercado

como triunfante y que por tanto se acercaban más al modelo Kantiano. Como lo decíamos anteriormente, este giro no ocurre automáticamente, pues es necesario que al interior de cada Estado sucedan dinámicas que permitan un consenso entre las elites que reconfigure la identidad nacional y la percepción que se tiene del Estado en sí mismo y del "otro" relevante. Este ejercicio funciona en doble vía, y prueba de ello es que a pesar de que – al menos hasta la crisis de Ucrania – nadie al interior de la élite norteamericana consideraba a Rusia como un riesgo mayor a la seguridad de Estados Unidos, ya desde mucho antes en los pasillos del Kremlin se percibían muchas acciones de este como dirigidas a debilitar la posición de Rusia tanto internamente como en su entorno natural euroasiático¹⁰, así, mientras que al interior de la élite tomadora de decisiones en Estados Unidos existía un consenso en no considerar a Rusia como una amenaza a su seguridad interna, para esta última el escenario era diferente y se tornaba a lo que Wendt (2003) califica como una cultura Lockeana o de rivalidad.

De esta manera, podemos concluir que la formulación de la política exterior de Rusia en el período posterior a la Guerra Fría, responde no sólo a dinámicas realistas, sino que es necesario apoyarse más a lógicas constructivistas por cuanto emergen de una construcción o tal vez, reconstrucción de los intereses e identidades del Estado, materializadas en una redefinición del papel que debe tener en el escenario de las relaciones internacionales, la cual parte de la formación de un consenso o

¹⁰ Al respecto se puede consultar: Report on U.S. Russia Relations, producido por el International Security Advisory Board. Disponible en: <http://www.state.gov/t/avc/isab/234902.htm>

del dominio de un criterio o escuela por parte de sus élites predominantes y que ha variado desde el fin de la Guerra Fría de una concepción occidentalista o liberal con Yeltsin - Kozyrev, a una estatista con Primakov y Putin.

En el capítulo siguiente, se analizará como este cambio se ha visto reflejado en momentos particulares, principalmente con el ascenso de Putin, que significó un cambio de tono en la política exterior rusa. Entre estas circunstancias está por supuesto el agotamiento del papel de los Estados Unidos como único poder hegemónico luego de los resultados de las guerras en Irak y Afganistán, el aumento en los precios del petróleo y gas que permitió a Rusia superar sus problemas de liquidez, así como el surgimiento de otros polos de poder, principalmente China, que permitían a Rusia plantear un nuevo estado de cosas a nivel mundial.

Especial atención le daremos a hechos como la guerra entre Georgia y Rusia y la actual crisis con Ucrania y la anexión de Crimea, pues, sin duda, han marcado un hito fundamental en el resurgimiento del poder ruso y han representado la consolidación de una identidad distante a aquella que se pregonaba desde occidente como un nuevo orden mundial.

Como lo expresa Ruggie (1998), así como la Alemania y el Japón de hoy difieren significativamente de lo que constituían como nación en los años anteriores a la II Guerra Mundial, así también, la Rusia de hoy difiere de la nación que emergió después del fin de la Guerra Fría. Esta transformación se ha visto reflejada en un giro en la concepción de la identidad rusa, la cual, de la mano de Putin, la ha llevado

a servir de contención a la hegemonía y el unilateralismo estadounidense, en pro de la construcción de un mundo multipolar con Rusia actuando como uno de sus principales protagonistas.

III RUSIA - LA ERA PUTIN

En el capítulo primero, mencionábamos las cuatro fases o etapas que identifica Spechler (2010) en la política exterior rusa durante el primer período de Vladimir Putin como líder del Kremlin, que transcurrió entre los años 2000 y 2008. Mencionamos también, como ya para la época en que Putin asumió la Presidencia, la política exterior rusa había experimentado un giro sustancial que la llevó de buscar una integración con Europa y los Estados Unidos a través de su participación en los procesos de globalización que buscaban la consolidación del Nuevo Orden Mundial pregonado desde Washington, a buscar un nuevo relacionamiento que incluía estrechar lazos con otros actores regionales como Irán, India y China con el objetivo de posicionarse como un actor relevante en el sistema internacional y forzar de alguna manera un mundo multipolar que le hiciera contrapeso al unilateralismo norteamericano prevaleciente desde el final de la Guerra Fría.

Hemos argumentado que estos diferentes enfoques en el relacionamiento internacional de Rusia no pueden ser explicados de una manera integral utilizando exclusivamente las teorías realistas de las Relaciones Internacionales por cuanto tienden a privilegiar sólo el elemento de poder y seguridad como propósitos del estado en su política exterior. Así, teniendo como base las “culturas de la anarquía” propuestas por Wendt (2003, pp 246-312), las aproximaciones realistas no tienen en cuenta los contextos que llevaron a Rusia de un escenario Kantiano de amistad con Estados Unidos a comienzos de los 90s a uno Lockeano de aparente rivalidad en el presente. De la misma manera, siguiendo esta vez el planteamiento de

Tsygankov (2013) se ha mostrado como históricamente, al interior de Rusia han coexistido al menos tres enfoques que han incidido en la formación de la identidad nacional y la idea o representación que de él debe tener el “otro” relevante: Los occidentalistas (westernizers), los estatistas (statist) y los civilizacionistas (civilizacionist), y como cada uno de estos enfoques busca generar consensos al interior de las elites tomadoras de decisiones, de forma tal que su visión se proyecte en la política exterior del país. Hemos argumentado también, como el contexto internacional influye en la formación de los intereses y las acciones del estado y en la forma como el estado decide ser percibido por los otros con quienes interactúa, lo cual nos lleva a considerar al constructivismo como la elaboración teórica que nos ayuda a entender de mejor manera los desarrollos de la política exterior de Rusia desde el derrumbamiento de la Unión Soviética.

Considerando lo anterior, se abordará un análisis de las cuatro fases en las que se puede dividir esta primera época de Putin como líder del Kremlin que propone Spechler, para intentar demostrar, como la teoría constructivista puede explicar los cambios, algunos de ellos sustanciales, que se dieron durante el primer período de Vladimir Putin, con la particularidad, como lo menciona Spechler (2010, p. 35) que no es común observar estos giros en tan corto período y mucho menos bajo la égida de un mismo gobernante.

2000 -2001

Con la llegada al poder de Vladimir Putin, las relaciones de Rusia con occidente ya venían atravesando un período de tensiones derivadas de hechos como la Guerra de Kosovo, en donde Rusia abiertamente apoyó a su aliado Slobodan Milosevic, presidente de Serbia frente a la campaña de bombardeo aéreo emprendida por la OTAN bajo el liderazgo de los Estados Unidos, la segunda invasión a Chechenia en Agosto de 1999 y la materialización de la expansión de la OTAN con el ingreso de la República Checa, Hungría y Polonia en marzo de 1999 (Mankoff, 2011).

La intervención de la OTAN en Kosovo afectó sustancialmente la confianza de Rusia en occidente y revivió las preocupaciones en torno a su seguridad, pues dicha intervención, que afectaba la integridad territorial de uno de sus aliados, guardaba semejanzas con conflictos latentes al interior de Rusia como el de Chechenia y al mismo tiempo creaba un antecedente de intervenciones unilaterales por parte de la OTAN sin contar con la autorización del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. La intervención de la OTAN en Kosovo, parecía dar la razón a quienes al interior de Rusia manifestaban su preocupación frente a la forma en la que el país era percibido internacionalmente principalmente por los Estados Unidos.

Adicionalmente, a mediados de 1999, los temores de Rusia frente a una expansión de la OTAN hacía la antigua esfera soviética se materializaron con el ingreso de la República Checa, Hungría y Polonia, preocupación que ha seguido siendo latente, toda vez que para Rusia la OTAN es y seguirá siendo una estructura militar creada

y estructurada para su contención¹¹. Estos hechos eran una demostración inequívoca de que Washington no estaba dispuesto a tomar en consideración las preferencias de Rusia, aun cuando fuesen asuntos centrales a su propia seguridad (Mankoff, 2011).

Sin embargo, durante el primer año de Putin como presidente y pese a que el ambiente internacional transcurrió bajo un ambiente marcado por la desconfianza, se desarrollaron algunas acciones de cooperación entre Rusia y los Estados Unidos, principalmente en el terreno del control de armas. Así, hechos como la ratificación, aunque condicional, por parte de la Duma del Tratado de Reducción de Armas Estratégicas START II, y la firma del Tratado de Reducciones Ofensivas Estratégicas (SORT por sus siglas en inglés) representaron pasos importantes para generar confianza entre ambos países encaminados a construir una relación de manejo común de intereses estratégicos. Estos hechos le permitieron a Putin no sólo lograr un mejor posicionamiento de Rusia en la esfera internacional, sino que le permitió concentrarse en su agenda doméstica que constituía un pilar fundamental en su estrategia para reposicionar a Rusia como un actor global de importancia (Mankoff, 2011).

Los ataques del 11 de septiembre marcaron un nuevo punto de inflexión en la relación de Rusia con los Estados Unidos, pues en medio de la solidaridad mundial

¹¹ Para una aproximación a las voces que al interior de los EE.UU. consideran la expansión de la OTAN como un error histórico ver 25. Mccgwire, M., & Clarke, M. (2008). NATO expansion: 'a policy error of historic importance'. *International Affairs*, 84(6), 1281-1301. <http://www.jstor.org/stable/25144993>

que provocaron los absurdos hechos, el presidente Vladimir Putin no tardó en respaldar la cruzada mundial contra el terrorismo iniciada desde la Casa Blanca (Tsygankov, 2013). El apoyo de Rusia fue vital para la estrategia norteamericana de acabar con el régimen Talibán en Afganistán (Mankoff, 2013), permitiendo, o más bien, no oponiéndose a la implementación de bases americanas en Asia Central. Para Putin, el respaldo a la lucha contra el terrorismo implementada por el gobierno de Bush hijo no representaba un mayor costo político. Aún antes de los ataques del 11 de septiembre, la lucha contra el terrorismo islámico, al cual identificaba como promotor de la rebelión en Chechenia y los ataques que en propio suelo ruso se habían padecido como parte de la Yihad Islámica hacían que el apoyo a Washington no fuera sólo importante en términos de la imagen internacional del país, sino que le permitía sacar provecho de las acciones de Washington en torno a un enemigo que también amenazaba su seguridad nacional.

2001 – 2002

Durante los meses siguientes a los atentados del 11 de septiembre, la política exterior rusa hacía occidente, y principalmente hacia los Estados Unidos estuvo caracterizada por un nuevo panorama de cooperación, o de asociación estratégica (strategic partnership) (Mankoff, 2013; Spechler, 2010). El simple hecho de no oponerse al uso de antiguas bases soviéticas en Asia Central (Uzbekistán y Kirguistán) por parte de las fuerzas militares de Estados Unidos es lo suficientemente diciente del nuevo escenario en el contexto mundial que siguió a la caída de las Torres Gemelas. La lucha contra el terrorismo, incluyó además

cooperación en información de inteligencia y la autorización para el uso del espacio aéreo ruso para operaciones contra terroristas (Mankoff, 2013). Adicionalmente, durante los meses que siguieron a los atentados del 11S, Rusia también apoyo las iniciativas de Washington en torno a los programas nucleares de Irán y Corea del Norte todo lo cual hacía pensar en una nueva era de cooperación entre Moscú y Washington.

Definitivamente el contexto internacional que siguió a los ataques terroristas en Nueva York y Washington, permitió que Rusia sacara ventaja de la situación y se mostrara como un actor sin el cual los Estados Unidos no podrían alcanzar los objetivos fijados en la Guerra contra el Terrorismo (Mankoff, 2013). Esto logró que existieran dinámicas de cooperación entre los dos países que en cierta medida alinearon su política exterior para el logro de los objetivos que servían a los intereses de cada uno de ellos, pero que en ninguna medida significaron la vuelta a un esquema similar al de los primeros años de Yeltsin, sino que más bien estaban sustentados en un interés de incrementar la influencia rusa dentro del nuevo orden mundial (Mankoff, 2013).

2002 – 2003

El nuevo ambiente en las relaciones de Rusia con los Estados Unidos que reinó durante los meses iniciales a la declaratoria de la Guerra contra el Terrorismo no llegó para quedarse. La invasión norteamericana a Irak en el 2003, ejecutada bajo la nueva doctrina de seguridad de la guerra preventiva promulgada por Bush, vino

a enrarecer el clima de consenso que se había logrado en el sistema internacional. Para Rusia, la invasión a Irak era un reflejo evidente del creciente unilateralismo norteamericano, y un signo de que dicho país no consideraba a Rusia como un poder relevante a ser tenido en cuenta a la hora de decidir sobre los asuntos mundiales. Por otra parte, Estados Unidos continuaba poniendo trabas al ingreso de Rusia a la Organización Mundial de Comercio – OMC (Spechler, 2010), lo que para Putin representaba un atraso en sus planes de fortalecimiento económico como un factor necesario para volver a jugar en grande en la política internacional. Durante este período, continuaron los procesos de expansión de la OTAN que culminarían en el 2004 con el ingreso de los países bálticos.

2004 – 2008

El período que inició con la reelección de Putin en el Kremlin estuvo marcado por varios eventos que a los ojos de la élite rusa no significaban más que amenazas por parte de Estados Unidos y la Unión Europea a su natural esfera de influencia.

La incorporación de Letonia, Lituania y Estonia a la OTAN era para Rusia una señal del incumplimiento de occidente a las promesas realizadas al mismo Gorbachov de que ni Estados Unidos ni sus aliados europeos buscarían una ampliación de la OTAN y asegurarían la permanencia de una zona neutral colindante con la frontera oriental de la Alianza y Rusia (Mccgwire & Clarke,2008). La incorporación de los estados Bálticos a la OTAN vino con la de Rumania, Bulgaria y Eslovaquia (antes parte de Checoslovaquia), países todos antiguos miembros del Pacto de Varsovia.

Esto sumado al antecedente de la invasión a Irak, constituía para Rusia un statu quo que iba en contravía de la aparente relación de cooperación que siguió a los atentados del 11S. En septiembre del 2003, ante la visita de Putin a Camp David, el presidente Bush mencionó la importante colaboración de Rusia frente a la Guerra contra el Terror, y resaltó la importancia de los acuerdos alcanzados en materia de control de armas pero dejó por fuera alguna manifestación que implicara una alianza mucho más amplia con Rusia en temas de vital importancia para este país (Mankoff, 2011). Toda esta situación sin duda, llevo a que al interior de Rusia se escucharan voces que manifestaban la existencia de una suerte de manipulación por parte de los Estados Unidos de la agenda bilateral en su propio beneficio, sin tener en cuenta los asuntos que afectaban los intereses de Rusia. De esta manera, el entorno internacional nuevamente presionaba a Putin a un escenario de rivalidad (Lockeano) con occidente, el cual se profundizaría más tarde ante el surgimiento de los movimientos pro-democráticos en varias de las ex repúblicas soviéticas.

Las Revoluciones de Colores:

Con este nombre han sido reconocidos los movimientos pro democráticos que sucedieron en varios países de la antigua Unión Soviética a mediados de la primera década del Siglo XXI. Los movimientos populares que sucedieron primero en Georgia (2003), luego en Ucrania (2004-2005) y después en Kirguistán (2005), tuvieron como elemento común el descontento popular frente a los resultados electorales y el haber sido fundamentalmente movimientos no violentos que surgieron desde la sociedad civil.

Mientras que para occidente estos movimientos representaban el anhelo legítimo de los pueblos por obtener una mayor apertura y transparencia de parte de los regímenes gobernantes, para Vladimir Putin y gran parte del establecimiento ruso, las llamadas revoluciones de colores eran prueba de un plan orquestado y financiado por occidente para debilitar los gobiernos pro – rusos en las antiguas repúblicas soviéticas y fomentar el establecimiento de nuevos gobiernos que sirvieran a los intereses de las potencias occidentales a través de la participación en instituciones como la Unión Europea y la OTAN. Para Putin, el objetivo final de occidente al apoyar estos movimientos, no era otro que fomentar ejercicios similares al interior de Rusia, que al final presionaran por un cambio de gobierno.

La Revolución de las Rosas (Georgia), la Revolución Naranja (Ucrania) y la Revolución de los Tulipanes (Kirguistán) representaron, sin duda, un giro en la relación de Rusia con las antiguas repúblicas soviéticas, pues la percepción de que estos movimientos estaban siendo orquestados desde occidente y que por lo tanto tenían como objetivo instaurar gobiernos adversos en su propia zona de influencia menoscabaría mucho más la confianza en los Estados Unidos, y motivaría reacciones concretas por parte de Rusia en defensa de lo que para ellos constituye una zona legítima de influencia .

Los casos de Georgia y Ucrania bien valen la pena estudiarlos con un poco más de detalle, pues precisamente son estas dos ex – repúblicas soviéticas las que sufrirían las intervenciones militares por parte de Rusia y que generarían las crisis que han suscitado la percepción del reavivamiento de la identidad imperial de Rusia.

Georgia – De la Revolución de las Rosas a la Desintegración de Facto.

Georgia al igual que otras naciones que habitan en la región del Cáucaso, a medio camino entre Europa y Asia, sufrió los rigores de aquellos pueblos que se encuentran en la ruta de expansión de los grandes imperios.

Ya en el siglo XIII sufría las invasiones constantes del expansionismo del imperio Mongol. Más tarde, en los siglos XVI y XVII sería objeto de fuertes disputas entre los imperios persa y otomano, lo que obligaría a buscar en 1783 la protección de Rusia bajo dominio de Caterina la Grande.

En el siglo XIX, lo que otrora constituían los principados de Georgia fueron anexados formalmente al Imperio Ruso de Alexander I y así permanecerían hasta la revolución bolchevique que dio origen al imperio soviético.

Sólo durante un pequeño período entre 1918 y 1921, mientras la revolución bolchevique lograba su consolidación, la república de Georgia gozó de independencia. De ahí en adelante y durante todo el período de vida de la URSS fue una más de sus repúblicas satélite.

En 1991, con el colapso de la Unión Soviética, Georgia declaró su independencia, sin embargo, la nueva república desde su inicio enfrentó fuertes retos, sobre todo por la influencia de Rusia en las regiones de Osetia del Sur y de Abjasia con una población mayoritariamente de origen ruso cuyos movimientos separatistas siempre han gozado del apoyo tanto económico como militar de dicha nación.

Georgia y su inclinación pro-occidente:

En 1992, al poco tiempo de declarar su independencia frente a la Federación Rusa, Edward Shevardnadze fue elegido presidente de Georgia. Los esfuerzos iniciales de Shevardnadze se dirigieron a lograr la consolidación territorial de la nueva república pero al poco tiempo de iniciar su período tuvo que lidiar con las intenciones separatistas de Osetia del Sur que desencadenó una guerra civil que finalizó con un acuerdo entre rusos, osetas y georgianos que le otorgaban una autonomía de facto a la región rebelde.

Para tratar de contener la influencia de Rusia sobre el nuevo país, Shevardnadze vio en la Unión Europea y en los Estados Unidos sus aliados naturales para tratar de equilibrar de alguna forma el poderío ruso. Para ello, no dudó en manifestar las intenciones de su gobierno para que Georgia ingresara a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y a la Unión Europea. Así mismo, se volvió en uno de los mayores receptores de entrenamiento y ayuda militar de EE.UU. a través de la alianza estratégica que firmó con la OTAN.

Sin embargo, durante las elecciones del 2 de Noviembre de 2003, se enfrentaron el bloque comandado por Shevardnadze denominado Por una Nueva Georgia, contra el Frente Nacional de Mikheil Saakashvili . El conteo oficial daba como ganador al primero, aun cuando las encuestas a boca de urna y los conteos paralelos realizados por múltiples organizaciones civiles, tanto locales como extranjeras como la International Society for Fair Elections and Democracy (ISFED), mostraban una

tendencia diferente a favor de Saakashvili. Ante los continuos llamados de fraude por parte de la población, las protestas no se hicieron esperar. Saakashvili había formado parte en los 90s del grupo de Shevardnaze, sin embargo, la crisis económica y la amplia corrupción imperante en los años finales de su gobierno lo había llevado a la oposición y a retarlo en las elecciones del 2003 (O Beachain, D. & Abel P., eds, 2010). Las protestas que siguieron a las elecciones tuvieron como resultado la dimisión de Shevardnaze, época de turbulencia política conocida como la “Revolución Rosa”, caracterizada por los enfrentamientos entre los diferentes partidos políticos que se disputaban el control del parlamento y el gobierno del país. Sin embargo, la “Revolución Rosa” no sólo constituyó un enfrentamiento entre facciones políticas, pues la sociedad civil tuvo una gran participación en la forma en la que se desarrollaron los eventos. Movimientos como Kmara (enough), liderado por jóvenes Georgianos, tuvo un papel fundamental a la hora de movilizar a la sociedad en busca de mayores espacios políticos (Lavery, 2008).

Sólo hasta el 2004 con la elección de Mikheil Saakashvili, se puso fin a la turbulencia política. El gobierno de Saakasvhvili tomó rápidamente un giro pro occidental, reanudando los diálogos iniciados por Shevardnaze para un posible ingreso de Georgia a la OTAN y estrechando los lazos con la Unión Europea. Su principal tarea fue sin embargo, asegurar la integridad territorial del país frente a las provincias de Osetia del Sur y Abjasia que permanecían como zonas independientes de facto desde 1992 bajo una fuerza de paz mantenida por Rusia. Cuando Saaskasvhvili intentó recuperar los territorios que siempre fueron considerados de *jure*, como parte

integral de su territorio, la reacción de Rusia no se hizo esperar. Aun cuando la escalada militar duró sólo unos pocos días, este incidente marcó un hito en las relaciones entre Rusia y occidente, pues sin duda significó, por primera vez desde la finalización de la Guerra Fría, el retorno a un escenario de confrontación entre Rusia y los Estados Unidos. A partir de esta intervención, quedaba claro el deseo de Rusia de volver a un estatus de gran potencia, con poder suficiente para defender lo que constituye su natural área de influencia.

Si bien desde el punto de vista de las teorías se podría considerar que la Guerra entre Georgia y Rusia respondió a una aproximación realista en política exterior por parte de este último, la verdad es que este punto sólo marcó el final de un proceso en donde factores tanto externos como al interior de Rusia, habían comenzado a marcar una nueva configuración de la identidad rusa en torno a la idea de ser reconocida como un gran poder en el escenario internacional.

Aquí nuevamente, nos apoyamos en las tesis constructivistas que consideran a la política exterior que se desenvuelve como un fenómeno político a través del surgimiento y ocaso de varias visiones de la identidad nacional respaldada por diferentes grupos políticos (Tsygankov, 2013). Recordemos que inclusive Putin, al iniciar su presidencia, y en los momentos que siguieron al 11S buscó una política exterior fundada en una identidad rusa más europea y asiática, bajo un escenario internacional que igualmente se inclinaba más hacia dinámicas kantianas que hobbesianas (Wendt, 2003). Lo que es claro, es que desde el fin de la Guerra Fría ni las condiciones de poder material (militar) ni de poder económico (esto a pesar

del aumento en los precios del petróleo y gas durante la primera década del Siglo XXI) han variado de manera sustancial como para explicar de una manera plausible los giros que ha experimentado la política exterior rusa a lo largo de este período. Desde la óptica realista, que se sustenta en las capacidades materiales de los estados, Rusia estaba llamada a utilizar su poderío en favor de mantener un balance de poder y un posicionamiento como centro de poder, sin embargo, condiciones tanto internas como del escenario internacional la han llevado a formar intereses nacionales diversos en tan corto período, que van desde un deseo de integración y reconocimiento como una nación del “mundo civilizado” según la construcción occidental, a buscar influir en la formación de un mundo multipolar privilegiando sus relaciones con otras potencias revisionistas, a escenarios de cooperación como en los momentos siguientes al 11S o rivalidad como lo marcaría el conflicto con Georgia.

Ucrania: Entre Rusia y Occidente:

La Revolución Naranja, tuvo su origen en las reclamaciones ante el fraude electoral de las elecciones presidenciales del 21 de Noviembre de 2004. Ucrania, desde la proclamación de su independencia en Diciembre de 1991, había sido gobernada por una oligarquía corrupta que durante años se dedicó a repartirse las riquezas de la nación entre diferentes clanes, cada uno establecido en enclaves locales que eran utilizados como su propio feudo y en donde además lograban organizar su propio partido político con el que lograban el control del parlamento (Karatnycky, 2005).

Para las elecciones de 2004, el Primer Ministro Viktor Yanukovich aparecía como el candidato apoyado por toda la oligarquía corrupta, alimentada y patrocinada durante el régimen de Leonid Kuchma (1994-2005). Como su rival, se encontraba Viktor Yuschenko, antiguo jefe del Banco Nacional de Ucrania, y ex primer ministro entre 1999 y 2001. Durante su breve paso por el gobierno, Yuschenko implementó diversas medidas económicas que llevaron al país a una recuperación en sus indicadores, además de que utilizó las ganancias provenientes del sector energético para impulsar medidas sociales que le dieron gran popularidad.

En el 2004, Yuschenko representaba la oposición carismática que retaba el poder de la oligarquía corrupta imperante. Las elecciones del 21 de Noviembre, resultaron dando como vencedor oficial a Yanukovich, pero el fraude resultó ser más que evidente dando inicio a las protestas conocidas como la Revolución Naranja. Ante las irregularidades, Yuschenko opta por declararse presidente contando con el apoyo de la amplia clase media que había surgido desde inicios de la década en Kiev, que continúa reunida en la Plaza de la Independencia, hasta lograr, el 27 de Noviembre que el parlamento declarara inválidas las elecciones y la Corte Suprema de Ucrania las anulara haciendo un llamado a nuevas elecciones. Las elecciones se realizaron el 26 de Diciembre de 2004, y como era de esperarse, Yuschenko resultó victorioso con el 52% de los votos, frente al 44% de Yanukovich (Karatnycky, 2005).

El gobierno de Yuschenko, como el de Saakashvili en Georgia, tuvo una marcada inclinación pro occidente, lo cual, desde la época de las elecciones lo llevó a tener

la oposición de Vladimir Putin. Yuschenko, quien había ganado la presidencia en gran medida por el apoyo de las regiones occidentales del país, que giraban en torno a las dinámicas de Kiev, tuvo que lidiar con la oposición de las regiones al oriente y sur del país, donde existe una importante población de origen ruso.

Las consecuencias de la Revolución Naranja se han hecho sentir hasta el desenlace de la actual crisis en Ucrania, pues indudablemente este movimiento proporcionó a Yuschenko la justificación política para buscar acercamientos con la Unión Europea, e inclusive para plantear una hoja de ruta dirigida a un posible proceso de ingreso, esfuerzos que fueron avalados por el Parlamento Europeo que en un claro mensaje de respaldo político aprobó una Resolución para darle a Ucrania la posibilidad de iniciar trabajos para acceder a la Unión (Karatnycky, 2005).

En el año 2010, cuando Yanukovich vino a reemplazar a Yuschenko en la presidencia de Ucrania, una de las mayores aspiraciones de gran parte del pueblo ucraniano era consolidar sus relaciones con la Unión Europea. Para ello, se propuso la firma de un Acuerdo de Asociación entre Ucrania y la UE que cimentaría el camino para una posible adhesión de este país a la Alianza Atlántica.

La firma del acuerdo, que estaba programada para el 28 de Noviembre de 2013, fue finalmente rechazada por Yanukovich, quien decidió privilegiar sus relaciones con Rusia – que además prometió una importante ayuda económica al país si no firmaba el acuerdo – lo cual desató nuevamente las protestas que lo llevaron a abandonar el cargo en Febrero de 2014 y huir, con la ayuda de Putin hacia Rusia (Mankoff,

2013). Definitivamente, la negativa a la firma del acuerdo con la Unión Europea fue el catalizador de las protestas populares que desencadenaron la crisis actual de Ucrania, las cuales, como en el caso de Georgia, también contaron con la participación de organizaciones civiles como “Pora” (It’s Time) que tuvieron un protagonismo especial en el movimiento (Laverty, 2008).

La actual crisis:

Para muchos en Ucrania, y sobre en todo para su región occidental en donde se encuentra Kiev, el acuerdo con la Unión Europea significaba una esperanza para la nación, pues significaba dejar atrás un pasado reciente que la ha atado al imperio Ruso y que la mantuvo como país satélite de la otrora URSS durante la mayoría del Siglo XX.

Lo cierto es que la historia de Ucrania y la de Rusia han estado atadas por siglos, y la historia sabemos, es algo muy difícil de ignorar. Para los rusos, Ucrania es una especie de cuna de su misma civilización. De hecho, el primer estado ruso de que se tiene noticia tuvo su base en Kiev en el 882 a.c., y fueron los príncipes de Kiev, quienes alrededor de los siglos IX y X establecieron la Iglesia Ortodoxa Cristiana como la fe del reino, lo cual perdura hasta nuestros días como una fuerte característica del sentir ruso.

Con la desintegración de la Unión Soviética en 1991, Ucrania se declaró como Estado independiente pero desde entonces ha mantenido una fuerte influencia por

parte de los rusos. Gran parte de la población del Este del país es de origen ruso o tienen su lengua como nativa.

La cuestión de Crimea:

De las regiones al este de Ucrania, Crimea es la que tiene un mayor porcentaje de rusos¹². Crimea fue anexada al imperio Ruso a finales del siglo XVIII. En el siglo XIX, la península fue objeto de una guerra entre el imperio Ruso, contra una alianza entre el Imperio Británico, Francia y el Imperio Otomano. Como resultado de esta guerra, en la que Rusia se vio obligada a pedir la paz, se declaró la neutralidad del mar negro.

Para Rusia, mantener la hegemonía sobre el Mar Negro resulta de un valor geoestratégico muy alto, pues a pesar de su vasto territorio extendido a lo largo del continente asiático, sólo a través del Mar Negro tiene acceso a las tibias aguas del Mediterráneo.

Es por esto que para muchos rusos resultó incomprensible la decisión del entonces líder soviético Nikita Khrushchev de ceder Crimea a Ucrania en 1954 quien al parecer quiso congraciarse con dicha nación dada su ascendencia ucraniana. Disuelta la Unión Soviética, Crimea permaneció en poder de Ucrania bajo un estatus

¹² Alrededor del 60% de los dos millones de habitantes que tiene la península de Crimea se identifican como rusos y el 97% del total de su población utiliza el ruso como su lengua principal. [en línea] Disponible en: <http://rt.com/news/crimea-facts-protests-politics-945/>

especial que le ha otorgado cierta autonomía y de alguna forma reconociendo la ascendencia que tiene esta región con Rusia.¹³

La posición geográfica de la Península de Crimea le otorga un acceso privilegiado al Mar Negro, y por ello durante los años de la Guerra Fría tuvo una importancia geoestratégica para la Unión Soviética siendo la base de su Flota del Mar Negro y su puerta de salida al mar Mediterráneo.

En 1997 Ucrania y Rusia firmaron un tratado que le permite a esta última mantener como base de su flota en el Mar Negro a la ciudad de Sebastopol. Este acuerdo establece que dicha flota puede utilizar este puerto hasta por lo menos el año de 2042.

Ucrania: Un análisis desde el Constructivismo:

Como lo hemos venido exponiendo a lo largo de esta investigación, aun cuando el discurso que ha manejado el presidente Putin, se ha centrado en el interés legítimo de Rusia en mantener sus esferas de influencia, aproximación que bien puede ser interpretada bajo un enfoque puramente realista, lo que ha logrado Putin es redefinir – a través del discurso – los intereses que mantenía dicha nación desde el desmoronamiento del bloque soviético, que en algún momento hicieron pensar a occidente que dicha nación hacía parte de la comunidad que conforma el “mundo libre” y que por ende era parte de la construcción de ese “nuevo orden mundial”

¹³Inclusive, en el año de 1992 Crimea promulgó una constitución que le otorgaba autonomía para elegir su propio presidente y dirigir sus relaciones exteriores

Como se había expresado anteriormente, así como la identidad y los intereses de la Alemania y el Japón de hoy difieren totalmente de los que tenían en los años previos a la II Guerra Mundial, así también, la Rusia de hoy difiere de la nación que emergió después del fin de la Guerra Fría (Ruggie, 1998). Esta transformación se ha visto reflejada en un giro en la concepción de la identidad rusa, la cual responde a dinámicas internas dentro del *establishment* que hoy la gobierna, que comportan un giro en torno a sus intereses e identidad que corresponden tanto a situaciones exógenas del escenario internacional, pero que también han sido socialmente construidas bajo el liderazgo de Vladimir Putin.

Así, eventos como la anexión de Crimea y el continuo apoyo de Putin a los rebeldes de las provincias al este de Ucrania de mayoría rusa, pueden ser explicados bajo una óptica realista pero sólo parcialmente, pues además de responder a objetivos de seguridad nacional consistente con las capacidades militares de Rusia – que por demás, han permanecido en esencia constantes desde el colapso de la Unión Soviética -, también involucran un concepto de reconocimiento del estado ruso, y de su zona de influencia frente a su *otro relevante*, es decir, Estados Unidos y la Unión Europea, que está afianzado dentro de la idea predominante de la actual élite, alimentada por un sentimiento de menosprecio producto de hechos que como la expansión de la OTAN, han logrado consolidar un nuevo giro en su política exterior de un ambiente de cooperación posterior a los eventos del 11S, a uno de rivalidad o de unilateralismo en la actualidad.

Lo que refleja también la crisis de Ucrania, y la anterior intervención en Osetia y Abjasia, es un profundo compromiso por parte de la Rusia de Putin por asumir una obligación de protección con aquellos pueblos que comparten su cultura eslava y cristiana ortodoxa, lo cual, sumado a la necesidad de obtener reconocimiento como gran potencia por parte de occidente, explica su actual política de activismo internacional (Tsygankov, 2012). Como lo manifestó Vladimir Putin en el 2012: “Rusia únicamente es respetada, y sus intereses son tenidos en cuenta, cuando el país es fuerte” (traducción del autor) (Putin, citado por Saivetz, 2012).

IV. CONCLUSIONES

A lo largo de esta investigación hemos argumentado que la formulación de la Política Exterior rusa responde a un proceso que tiene en cuenta variables tanto internas como del contexto internacional presentes en un momento específico que no pueden ser explicados de una manera integral utilizando exclusivamente las teorías realistas de las Relaciones Internacionales por cuanto tienden a privilegiar sólo el elemento de poder y seguridad como propósitos del estado en su política exterior.

En ese sentido, se ha afirmado que la teoría constructivista proporciona elementos adicionales para entender de mejor manera los procesos que determinan la formulación de la política exterior rusa, por cuanto, a diferencia de las teorías

realistas o liberales, no se basa exclusivamente en los mencionados elementos de poder y seguridad como determinantes a la hora de estructurar el interés nacional, sino que toma diferentes variables tanto endógenas como exógenas o sistémicas que resultan imprescindibles a la hora de explicar los giros y variantes que toma Rusia en su relacionamiento internacional.

Hemos argumentado como, a pesar de que las capacidades tanto militares como económicas presentes en la Rusia que surgió después del colapso de la Unión Soviética han permanecido en esencia sin mayor variación, su política exterior ha sufrido cambios que la han llevado de buscar una integración con occidente durante la primera mitad de la década de los noventa, a ser una potencia revisionista del orden internacional en el presente. Así mismo, anotamos también como aún si tomamos los períodos en que Vladimir Putin ha ejercido el poder en el Kremlin, la política exterior de Rusia ha presentado cambios que la ha mostrado en momentos con una actitud de cooperación como en el período posterior a los atentados del 11S hasta una situación actual, cuando la crisis generada por la intervención en Ucrania y la anexión de Crimea la colocan, a los ojos de occidente, como una nación que no está dispuesta a integrarse en el “mundo civilizado”.

Hemos tomado elementos del desarrollo teórico de Alexander Wendt (2003), como las “culturas de la anarquía” para entender que los estados tienen propiedades intrínsecas que son construidas socialmente y que dependen en un buen grado, en la idea que el estado tenga de sí mismo frente al otro relevante. Así, al interior de Rusia han coexistido al menos tres enfoques que han incidido en la formación de la

identidad nacional y la idea o representación que de él debe tener el “otro” relevante buscando consensos para que su visión se proyecte en la política exterior del país. Esta lógica de construcción interna, no es independiente del escenario internacional. En el caso de Rusia, el colapso de la Unión Soviética y el surgimiento de los Estados Unidos como potencia hegemónica llevó a que en su interior se generara un consenso mayoritario en su momento, para buscar una participación en las instituciones occidentales que le permitiera un reconocimiento como actor relevante del sistema internacional. Una vez percibió que dicho estado de cosas no le aportaba suficientes elementos de reconocimiento como actor relevante, optó por reevaluar su política exterior y generar dinámicas revisionistas fundadas en una visión estatista que privilegiaba una identidad autónoma y con rasgos diferentes a aquellos de occidente.

La Rusia que enfrenta el Siglo XXI, no se apartará mucho de los rasgos históricos que han sido característicos desde su formación como estado central. Más allá de prever una nación contestataria que busque confrontar el sistema internacional imperante, veremos una Rusia que pregone el reconocimiento de su identidad bajo la idea construida socialmente de gran potencia, interesada en mantener esquemas de cooperación siempre y cuando dichos ejercicios no impliquen una subvaloración de sus capacidades tanto materiales como geográficas, pero siempre atada a la idea de nación prevaleciente al seno de su elite.

FUENTES CONSULTADAS

1. Asmus, Ronald. *A Little War That Shook the World: Georgia, Russia and the Future Of The West*. NY: Palgrave Macmillan, 2010.
2. Álvarez Fuentes, G., & Ovando Santana, C. (2009). El Consejo de Defensa Suramericano. posibilidades de integración desde una perspectiva constructivista.
3. Bbc.com. "Tres días que Cambiaron al Mundo" [En línea], Disponible en: http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/specials/newsid_1496000/1496749.stm. Recuperado: 2014, marzo 19.
4. Blank, S. J. (2015). Imperial Ambitions. (cover story). *World Affairs*, 178(1), 67.
5. Bonn, M.J. (1941). "The New World Order" [PDF] *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, Vol. 216, Defending America's Future, pp. 163-177. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/1023718>. Recuperado: 2014, mayo 18.
6. Cecire, Michael (2014). "The Georgian Defense". En revista *Foreign Policy* [en línea]. Disponible en: http://www.foreignpolicy.com/articles/2014/03/11/the_georgian_defense. Recuperado: 2014, marzo 19.
7. Charap, S. (2007). Inside Out: Domestic Political Change and Foreign Policy in Vladimir Putin's First Term. *Demokratizatsiya*, 15(3), 335-352.
8. Dreazen, Yochi (2014). "Look West Young Man: Georgia's 31 Young Prime Minister Turns to Europe, Not Russian". En *Revista Foreign Policy* [en línea]. Disponible en: http://thecable.foreignpolicy.com/posts/2014/02/25/look_west_young_man_georgias_31_year_old_prime_minister_turns_to_europe_not_russia. Recuperado: 2014, marzo 19.
9. Drezden, Daniel (2007). "The New, New World Order". En revista *Foreign Affairs* [en línea] Edición Marzo-Abril 2007. Disponible en: <http://www.foreignaffairs.com/articles/62445/daniel-w-drezner/the-new-new-world-order>. Recuperado: 2014, mayo 20.
10. Engelhart, K. (2014). The lines of war. *Macleans*, 127(36), 30.
11. Fukujama, Francis. *El Fin de la Historia y el Último Hombre*. Ed. Planeta, 1992.

12. Galeotti, M., & Bowen, A. S. (2014). Putin's Empire of the Mind. *Foreign Policy*, (206), 16.
13. Guzzini, S., & Leander, A. (2006). *Constructivism and international relations. Alexander Wendt and his critics*. New York, NY Routledge c2006.
14. HistoryOfRussia.Com. [En línea], disponible en: <http://historyofrussia.org/category/russian-empire/>. Recuperado: 2014, marzo 19.
15. Ikenberry, Jonh. "The Illusion of Geopolitics: The Enduring Power of the Liberal Order". En Revista Foreign Affairs, Ed. Mayo-Junio 2014. Vol. 93, No. 3. p. 80.
16. International Security Advisory Board. Report on US – Russia Relations 2013
17. Kaczmarek, M. (2014). Domestic power relations and russia's foreign policy. *Demokratizatsiya*, 22(3), 383-409.
18. Karatnycky, A. (2005). Ukraine's Orange Revolution. *Foreign Affairs*, 84(2), 35-52.
19. King, Charles. (2009). "Clarity in The Caucasus" en Revista Foreign Affairs [En línea], disponible en: <http://www.foreignaffairs.com/articles/65469/charles-king/clarity-in-the-caucasus>. Recuperado: 2014, marzo 19.
20. Kissinger, H. (2014), *World Order: Reflections on the Character of Nations and the Course of History*, Penguin Press.
21. Laverty, N. (2008). The Problem of Lasting Change: Civil Society and the Colored Revolutions in Georgia and Ukraine. *Demokratizatsiya*, 16(2), 143-162.
22. Liberman, P; George J., "Will Conquest Pay?" en Revista Foreign Affairs [En línea], disponible en: <http://www.foreignaffairs.com/articles/141036/peter-liberman-and-julie-a-george/will-conquest-pay>, Recuperado: 2014, marzo 19.
23. Lynch, A. C. (2001). The Realism of Russia's Foreign Policy. *Europe-Asia Studies*, 53(1), 7-31. Disponible en <http://www.jstor.org/stable/826237>.
Recuperado: 2015, Mayo 15.
24. Maher, R. (2010). The Paradox of American Unipolarity: Why the United States Will Be Better Off in a Post-Unipolar World. *Orbis*, doi:10.1016/j.orbis.2010.10.003
25. Malone y Khong (eds) (2003). Unilateralism and U.S. Foreign Policy: International Perspectives. Center for International Cooperation Studies & Multilateralism. Ed. Rienner, Boulder, Co. p. 3

26. Makarychey, A. (2011). Rusia en un mundo multipolar: El papel de las identidades y los "mapas cognitivos". (Spanish). *Revista CIDOB D'afers Internacionals*, (96), 25-43.
27. Mancera, A. C. (2014). La federación rusa y la crisis de Ucrania. *Cotidiano - Revista De La Realidad Mexicana*, 29 (186), 89-96.
28. Mankoff, J. (2011), *Russian Foreign Policy: The Return of Great Power Politics*. Nueva York, Rowman & Littlefield.
29. Mccgwire, M., & Clarke, M. (2008). *NATO expansion: 'a policy error of historic importance'*. *International Affairs*, 84(6), 1281-1301.
<http://www.jstor.org/stable/25144993> Recuperado: 2015, Mayo 18.
30. Mead, Walter. "The Return of Geopolitics: The Revenge of the Revisionist Powers". En *Revista Foreign Affairs*, Ed. Mayo-Junio 2014. Vol. 93, No. 3. p. 69.
31. Muiznieks, N. R. (1995). The influence of the Baltic popular movements on the process of Soviet disintegration. *Europe-Asia Studies*, 47(1), 3.
32. Nygren, B. (n.d). Using the neo-classical realism paradigm to predict Russian foreign policy behaviour as a complement to using resources. *International Politics*, 49(4), 517-529.
33. O Beachain, D. & Abel P., eds (2010) *The Colour Revolutions in the Former Soviet Republics: Successes and Failures*. London, Roudedge.
34. O'connor, K. (2005). "The History of the Baltic States" [PDF]. En *The Slavonic and East European Review*, Vol. 83, No. 1 the Modern Humanities Research Association and University College London, School of Slavonic and East European Studies. pp. 133-134 . Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/4214060>.
Recuperado: 2015, mayo 18.
35. Oliver, Bullough (2010). "Letter From Tbilisi: Toward a United Caucasus". En *Revista Foreign Affairs* [en línea]. Disponible en: <http://www.foreignaffairs.com/features/letters-from/letter-from-tbilisi-toward-a-united-caucasus>. Recuperado: 2014, marzo 19.

36. Posner, Eric (2014). "Sorry, America, The New World Order is Dead". En Revista Foreign Policy [en línea]. Disponible en: http://www.foreignpolicy.com/articles/2014/05/06/sorry_america_the_new_world_order_is_dead_russia_ukraine. Recuperado: 2014, mayo 20.
37. Reddaway, P. (2012). Is Putin's regime becoming more like Brezhnev's?. *Demokratizatsiya*, 20(2), 97-112.
38. Rose, G. (1998). Neoclassical realism and theories of foreign policy. *World Politics*, [PDF] 51(1), 144-172. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/25054068>
Recuperado: 2015, mayo 30.
39. Ruggie, J. G. (1998). What Makes the World Hang Together? Neo-utilitarianism and the Social Constructivist Challenge. *International Organization*, 52(4), 855.
40. RT.com. [en línea] <http://rt.com/news/crimea-facts-protests-politics-945/>
Recuperado: 2014, marzo 19.
41. Saivetz, C. R. (2012). Medvedev's and Putin's foreign policies. Introduction. *Communist And Post-Communist Studies*, 45(Disintegration of the Soviet Union. Twenty Years Later. Assessment. Quo Vadis?), 375-377.
doi:10.1016/j.postcomstud.2012.07.008
42. Sakwa, R. (1995). The Russian Elections of December 1993. Taylor & Francis Ltd. Vol. 47, No. 2, p.p. 195-227. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/152608>
Recuperado: 2015, mayo 13.
43. Shakleyina, T. A., & Bogaturov, A. D. (2004). The Russian Realist school of international relations. *Communist & Post-Communist Studies*, 37(1), 37.
doi:10.1016/j.postcomstud.2003.12.002
44. Shuster, S. (2014). No. 3 The Imperialist Vladimir Putin. *Time*, 184(24/25), 118-124.
45. Spechler, D. (2010). Russian foreign policy during the Putin presidency: The impact of competing approaches. *Problems Of Post-Communism*, 57(5), 35-50.
doi:10.2753/PPC1075-8216570503
46. Stent, A. (2008). Restoration and revolution in Putin's foreign policy. *Europe - Asia Studies*, 60(6), 1089-1106. doi:10.1080/09668130802161264
47. Suganami, H. (2001). Alexander Wendt and the English School. *Journal Of International Relations & Development*, 4(4), 403.

48. Stein, H. (1976). Russian Nationalism and the Divided Soul of Westernizers and Slavophiles. En *Ethos*, Vol. 4. No. 4. pp. 403-438 Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/640153>. Recuperado: 2015, mayo 19.
49. Taylor, Peter (1994). "The Political Geography of the New World Order. *Economic Geography*, Vol. 70, No. 4 (Oct., 1994), pp. 431-432. Clark University. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/143738>. Recuperado: 2014, mayo 18.
50. The Washington Post (2013). This one map helps explain Ukraine's protests. Disponible en: <http://www.washingtonpost.com/blogs/worldviews/wp/2013/12/09/this-one-map-helps-explain-ukraines-protests/>. Recuperado: 2015, febrero 16.
51. Tsygankov, A. (2012). *Rusia and the West from Alexander to Putin: Honor in International Relations*. Cambridge.
52. Tsygankov, A. (2013). *Russia's Foreign Policy: Change and Continuity in National Identity*, Plymouth, UK, Roman & Littlefield Publishers Inc.
53. Wendt, A. (2003). *Social theory of international politics*. Cambridge, UK Cambridge University 2003.
54. Wolley John, Peters Gerhard. "The American Presidency Project" [en línea]. Disponible en: <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/?pid=19253>. Recuperado: 2014, mayo 18.
55. Ziegler, C. (n.d). Conceptualizing sovereignty in Russian foreign policy: Realist and constructivist perspectives. *International Politics*, 49(4), 400-417.